

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año — Nú-
mero 1, 10 céntimos. — Anuncio, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Madrid.—Incluya en la lista 25 pesetas para llevar a cabo lo de los sellos. *Ricardo Rubio.*

» Póngame 5 pesetas. *Leandro Guerra.*

» Y a mí otras 5. *N. Arias.*

Melid (Coruña).—Cuenta con 15 pesetas. *Manuel Mosquera.*

Morón de Almazán.—Incluyo libranza de 5 pesetas para los sellos de 10 céntimos. *Enrique Canizo.*

Osuna.—Cuenta con 10 pesetas para lo de los sellos. *Rafael Recio.*

Benimodo.—Le enviaré 10 pesetas del comité republicano incondicional. *José Isona Miravalles.*

Salamanca.—Todo el que no vea con buenos ojos lo de los sellos, tiene de republicano lo que yo de madre abadesa. Cuenta usted con 5 pesetas. *Crescencio S. Esculto.*

Zaragoza.—Me suscribo para lo de los sellos con 5 pesetas. *Ramón Roteller.*

Gallarta.—Añada usted para lo de los sellos: 3 pesetas de don Venancio Baranda, 3 de Primitivo Fernández, 50 céntimos de Marcelino Huil. *Benito Barriocanal.*

Como el número anterior de El Motín fué denunciado, y supongo que recogerían en Correos algunos números, reproduzco este artículo que en él iba, para que se enteren aquellos a quienes lo dirigía:

Y A PROPÓSITO

Sólo se han adherido al pensamiento de emitir sellos algunos periódicos republicanos, y lectores de EL MOTÍN, amigos míos en gran parte. Las cantidades ofrecidas hasta la fecha ascienden al total de 1.600 pesetas próximamente.

No habiendo con ese total bastante para hacer la emisión bien hecha y en la medida que pensé, he estado a punto de decirles a los que se han suscrito: «Queridos correligionarios: gracias por la intención. Pero ya ven ustedes que no es posible realizar el pensamiento.»

Mas, pensando bien el pro y el contra, he concluido por decirme:

«Hay que llevarlo a cabo; asunto en que, aun saliendo mal, puede quedarse bien, debe siempre emprenderse. ¿No se ha reunido lo necesario para hacer de una vez los cuatro sellos que propuse? Se hará uno, el de diez céntimos, y conforme vaya vendiéndose, la emprenderemos con los otros. ¿Que no se coloca ni siquiera ese uno? Pues aquí concluyó el sainete; perdonad sus muchas faltas.»

El problema... (Triste es vernos obligados a considerar problemático lo que debería ser tan sencillo y hacedero; pero ¿qué remedio! así nos encontramos.)

El problema, repito, no es muy complicado, no. O los sellos se hacen y se venden en cantidad bastante para aplicarla a fines prácticos, ó se hacen y no se venden. En el primer caso, las circunstancias impondrán la norma de conducta. En el segundo, habremos perdido unos cuantos céntimos la cantidad empleada en la emisión, y nos distribuiremos equitativamente los sellos, bien para empapelar las paredes de nuestras habitaciones, bien para guardarlos y legárselos a nuestros hijos en testimonio de la supradicha candidez.

La cláusula del testamento podría ser esta: «Item: sellos con el busto del patriota Orensé, por valor de... que hicimos unos cuantos lilas el año 1900, creyendo que los hombres del republicanismo aprovecharían la ocasión para reunir algunos fondos que permitieran atender a necesidades preeminentes; idea que no dió mal resultado, etc. etc.»

Mas volviendo a lo presente, diré que en último término, y saliendo todo mal, ganaríamos aún; por lo menos la experiencia de que, a la raza de republicanos que nada han intentado, hay que añadir la de los que se abstienen prudentemente de contribuir a todo lo que pueda facilitar una solución cualquiera en beneficio de la causa. Aun cuando ahora advierto que acaso esté cometiendo una injusticia al hablar así. ¿Quién sabe si la mayoría de los republicanos se reservará para cuanto los sellos estén en circulación?

Comprenderá todo el que lea estas líneas, que no las tengo todas conmigo, como vulgarmente se dice; mas esto, en vez de detenerme, me impulsa. En último caso, no seríamos ni yo, ni los que contribuyesen a la emisión de sellos, quienes quedaríamos mal; serían los otros.

Otro punto debo tocar. Mientras no comience a entrar dinero, nadie mangoneará en lo de los sellos más que este cura. Después, sabiendo lo que debo a los demás, lo que a mí propio me debo, y el propósito que a todos nos guía,

obraré de manera que satisfaga a los honrados.

Voy a concluir.

Es posible que estas explicaciones contribuyan a que alguien se crea relevado del compromiso contraído, más que por otra cosa, por temor al fracaso. Pero yo he debido darlas.

Los que, a pesar de estas explicaciones, ó quizás por ellas, crean que debemos hacer los sellos, pueden irme enviando ya la cantidad que gusten, bien en letras, en libranzas del giro mutuo, en valores declarados, ó en metálico. Girar desde aquí pequeñas cantidades cuesta mucho, y mermaría bastante los ingresos.

Y ahora, manos a la obra.

Si sale bien... pues ello mismo lo está diciendo. Si sale mal, obtendremos la ventaja de haber contrastado voluntades, anulado jactancias, y perdido esperanzas que, cuando son falsas, enervan y desmoralizan, aparte que, como ha dicho no recuerdo quien, «el que se alimenta de esperanzas se expone a morir de hambre». Y hora es ya de abandonar las que durante tanto tiempo hemos acariciado, si no estamos dispuestos a hacer nada por convertir las en realidades.

JOSÉ NAKENS

A UN REDACTOR DEL "HERALDO"

Señor don N.

Leo todos los días y leo con gusto los *Ecos* que publica el *Heraldo* de Madrid. Ignoo quién sea el redactor que los escriba, pero sea usted quien fuere, me creo obligado a corregir un error en que incurrir y a desvanecer una preocupación que le domina.

En dos números, con intervalo de pocos días, al ocuparse usted de la guerra africana, ensalza la religiosidad de los boers y atribuye usted a ella principalmente la heroica resistencia que ofrecen a los ejércitos ingleses, añadiendo que hoy se observa en los pueblos un renacimiento del fervor religioso que contrasta con la guerra que a la religión han declarado ciertos gobiernos.

A mí me extraña mucho que siendo usted un buen católico, como lo supongo, ensalce la religiosidad de los boers, porque las creencias de este pueblo son las más opuestas al catolicismo de todas las que existen sobre la tierra. Figúrese usted una religión sin dogmas y sin misterios, sin culto y sin sacerdotes, y dígame después de esto si de la religión de los boers a la religión del librepensamiento hay mucha distancia.

Entre esas gentes que usted llama incrédulas porque no aceptan las religiones positivas, las hay verdaderamente místicas que creen en Dios y lo sienten con verdadero entusiasmo; hay otras que no aceptan la palabra Dios y se llaman ateos, pero al mismo tiempo tienen un tan elevado concepto de la Naturaleza y le rinden un culto tan profundo, que acaso, acaso puedan ser considerados como más religiosos que los que hacen ostentación de su fanatismo en iglesias y conventos. Si usted reconoce que son religiosos los librepensadores, si usted admite que al lado de las religiones positivas existen otras religiones racionalistas que prescinden del culto externo y concentran el fervor místico en el pensamiento y en el corazón, orando con la mente, no con los labios, y practicando el bien, no predicándolo para no realizar lo que se predica, en ese caso su admiración por la religiosidad de los boers es muy justa. Allí no hay sacerdotes, no quieren intermediarios entre el hombre y Dios; el jefe de la familia, el más anciano del grupo, es el que oficia en los rezos y lecturas que practican; allí no hay templos ni altares; consideran que Dios está en todas partes y en todas partes puede rendírsele culto; rezan y leen en el hogar, templo más santo que todas las iglesias, basílicas y catedrales; allí no hay más dogmas ni misterios que los que voluntariamente se impone la razón individual. Cada boer tiene su Biblia, en la que cree, pero la interpreta como su razón le dicta. Así puede llegarse al racionalismo místico de Rúnan. Este ha basado todos sus libros en los escritos que la Iglesia llama sagrados. La secta de los unitarios acepta la Biblia y niega la divinidad de Jesucristo.

La fe y el entusiasmo por una religión que no tiene obispos ni curas, que no tiene templos ni imágenes, que no admite milagros como los de Lourdes ni recoge dinero para San Pedro, que no fija el ideal en encerrarse en un claustro, ni coloca en las cimas de la perfección moral a los que se azotan y comen hierbas, una religión que no fulmina excomuniones ni prohíbe el que se mezclen sus creyentes con los fieles de otras sectas, que no cuesta dinero ni procura subyugar a los sentidos con aparatosas ceremonias más propias de los dioses del Olimpo que del Dios del Calvario, es una religión muy aceptable que merece las simpatías aun de aquellos que no profesamos ninguna positividad, porque de ella a la nuestra hay muy poca distancia.

¡Ah señor redactor del *Heraldo*! Si en España sustituyera la religión que profesan los boers al catolicismo, pronto se notaría un renacimiento moral y material que formaría contraste con la degradación, el indiferentismo y el atraso que ha alcanzado el pueblo español bajo la égida del Santo Oficio, antes y bajo las influencias del Vaticano hoy.

Pero dejémos a un lado consideraciones que no son del caso, y después de hecha la salvedad de que la religión de los boers merece, no sólo mis respetos, sino mis simpatías, voy a permitirle desvanecer un error histórico en que usted incurrir.

Atribuye usted a la fe religiosa una influencia en las guerras que no es cierta. Comencemos por la edad antigua: en ninguno de los imperios asirios y babilónicos tuvo place la idea religiosa, y cuando Grecia se convierte en conquistadora bajo Felipe y Alejandro, es cuando las ideas religiosas habían perdido todo su vigor y la filosofía había minado los cimientos del Olimpo. Viene después Roma, el pueblo conquistador por excelencia, y precisamente aquél donde la religión es una pura fórmula, aquél que adora también los dioses de los vencidos, y lejos de rechazarlos, les concede un lugar preeminente al lado

de los suyos propios. Jamás he oído hablar de la religiosidad de las legiones griegas de Alejandro ni de las legiones romanas de César, que son los dos grandes conquistadores de la antigüedad.

Vienen después los bárbaros que se apoderan del mundo romano. Tampoco es la religión lo que más preocupa a las tribus germánicas. Tienen sus dioses y sus creencias, pero tan poco arraigadas, que basta que el caudillo se bautizara, para hacerse cristiano todo el pueblo, aun sin saber quien era Cristo.

Durante la edad media aparece un pueblo conquistador al que impulse verdaderamente, no su fervor, sino su fanatismo religioso; pero aparte de la repugnancia que creo debe inspirar a toda persona culta el fanatismo, es el único caso de un pueblo importante que se lanza a la conquista animado por la fe religiosa. Esta fe le proporcionó un éxito brillante a los mahometanos, pero en los cristianos, en cambio, produjo escasos resultados. Los millares de cruzados que marcharon al Asia, allí sucumbieron sin poder reconquistar el sepulcro de Jesús; los españoles cristianos vencieron a los españoles musulmanes, pero les costó siete siglos la tal reconquista, y fuera de esta, continuó bajo el imperio de Mahoma todos los países que formaron un día el imperio árabe. En lo único que consiguieron éxito las armas cristianas fué en las cruzadas contra los hereses. Los 30.000 seres humanos sacrificados en B-zieres por Santo Domingo de Guzmán fué un gran triunfo para la fe.

En los comienzos de la edad moderna suscita el protestantismo grandes luchas en la que España, dicho sea de paso, vertió mucha sangre en defensa de la Iglesia; pero esas luchas carecen de importancia al lado de las guerras de la república francesa y de las conquistas de Napoleón.

Ahi tiene el señor redactor de los *Ecos* del *Heraldo* un pueblo y un emperador que, no sólo son incrédulos, sino que persiguen la religión, derriban los templos y guillotinan a los sacerdotes; sin embargo, no ha habido ejército desde los tiempos de César que haya recogido más laureles ni que alcanzara más victorias. Ni los soldados de Bonaparte ni las legiones de Napoleón necesitaron las bendiciones de los sacerdotes para alcanzar el triunfo.

Pero ¿para qué consarnos en recordar hechos ajenos? ¿No está recien-te la guerra de España con los Estados Unidos? ¿Hay en el globo pueblo más fanático que el pueblo español? ¿No iban los soldados a la lucha cargados de rosarios y después de haber confesado y comulgado? ¿Cómo es que en los españoles no produjo el efecto que en los boers el sentimiento religioso? Conteste, conteste el señor redactor del *Heraldo*, porque no puede darse una prueba más elocuente de que la religión nada tiene que ver en las victorias guerreras. España atraviesa uno de los períodos en que más ha predominado el catolicismo, y las consecuencias de nuestro fervor místico han sido cu-birnos de vergüenza en Santiago, en Cavite y en Manila. Parece que por lo mismo que son tan devotos los españoles, en el cielo no hacen caso de ellos.

Me he extendido demasiado y no puedo citar otros hechos que querría aducir en demostración de que la historia desmiente lo que usted sostiene desde las columnas de un periódico democrático a la usanza de las restauración. Otro día lo haré si insiste usted en sus teorías, aunque creo que después de recordarle los hechos históricos que arriba menciono y otros, ahora olvidados, que por asociación de ideas acudirán a su mente disminuirá de su campaña mística, consagrando su pluma a cosa más útil.

Otro día me ocuparé también de ese supuesto renacimiento religioso con que sueñan los boers y de esos supuestos ataques a la religión que se suponen realizados por determinados gobiernos. Hoy termino diciéndole al señor redactor de el *Heraldo* que en una nación gobernada por el padre Montaña y en donde en vez de caminos y canales se construye otra cosa que iglesias y conventos ha de parecer persecución los actos de energía realizados por ministros que no son tan dóciles respecto a los boers y curas como el señor Canalejas. Si tuviéramos ministros con suficiente independencia para acudir a la tutela jesuítica, otra sería la suerte de España.

Así, morirá por culpa de los que piensan como usted.

CAZALLA

Reparto de papeles

«Un diputado republicano, don José Muro, ha pedido en el Congreso datos del tiempo en que fué embajador de España en Londres el señor conde de Cisa Valencia.

«Pero, por Dios, don José, si eso no supone un comino! ¿Qué significan unos tapices y unos muebles al lado de la sangre que han vendido todos los hombres de la monarquía!»

Esto dice *La Democracia* de Logroño, y a fe que no tiene razón, pues los diputados actuales no están en el Congreso para combatir al gobierno en las cuestiones importantes. En el reparto de papeles, correspondió éste a Romero Robledo, Canalejas, Bergamín, etc., y no iban nuestros diputados a invadir atribuciones que corresponden a los monárquicos. Además, el señor Muro es persona pacífica de suyo, aunque en ocasiones alardee de revolucionario, y como buen católico y devoto en activo, no quiere escandalizar en el Congreso, por aquello de jay de aquel por quien vieniére el escándalo!

Ignorando también lo del reparto de papeles, otro periódico, *La Bandera Regional* de Plasencia, exclama a propósito de la pacífica y mansa actitud de la minoría republicana:

«Lo único que ha demostrado el de las Almenas, es la inutilidad de las minorías en las Cámaras.

Para el viaje que han hecho, jugarían mejor papel en su casita; y por lo menos

no nos hubieran dado tan gallarda muestra de su inutilidad, y no estaríamos convencidos, como estamos, de que un republicano encasillado vale menos que cualquier conde de las Almenas.»

Supongo que ambos queridos colegas, después de las explicaciones que les he dado, retirarán sus juicios, un tanto duros, dejando a la minoría republicana en el buen lugar que le corresponde. Cuando se comete una injusticia, nada más hermoso que repararla. Y lo es, y muy grande, el censurar a los diputados republicanos por su silencio, tan beneficioso para la monarquía.

ACADEMIA

Mi querido amigo y compañero Antonio Sánchez Pérez ha abierto en la calle de Floridablanca, núm. 3, una academia de matemáticas elementales.

Como es no sólo maestro de buen decir, sino licenciado en ciencias y exprofesor de enseñanza oficial, su academia se verá frecuentada por los que deseen prepararse bien para estudios superiores y repasar los que se dan en Institutos.

Honroso para él, aunque triste para sus amigos, es verlo en el punto de partida, pues comenzó enseñando matemáticas.

Pero él se tiene la culpa; hubiera aprendido con tiempo a sumar para sí lo que le hubiera restado a la nación, procurando luego multiplicarlo en negocios sucios, aun cuando hubiera dividido a la honradez y la dignidad, y otro gallo le cantara.

Pero como la cosa no tiene ya remedio, y él sigue con el honrado aunque feo vicio de ganarse la vida trabajando, le deseo muchos discípulos que paguen bien.

QUE LOS NOMBREN

Sepamos de una vez, y por palabra autorizada, quiénes son esos poderes invisibles que gobiernan en España y ante los que se detienen las iniciativas y los buenos deseos de los hombres que aparentan gobernar.

Hace pocos días, combatiendo el señor Romero Robledo en el Congreso los abusos de la Compañía Arrendataria de Tabacos, lesivos para los intereses de la nación y a los cuales durante trece años no han puesto coto los gobiernos, se lamentaba de que todos los ministros de Hacienda y presidentes del Consejo fueran impotentes para hacer cumplir sus contratos y compromisos a la opulenta Compañía que tiene poder suficiente para contrarrestar la acción y las iniciativas gubernamentales.

—¡Desdichado el país —exclamaba— donde hay esos poderes invisibles!

Efectivamente. Eso es una desdicha muy grande, porque acusa la impotencia ó la complicidad de los gobiernos que han dejado que la nación sea regida por elementos extraños y haya venido a ser feudo de esas grandes empresas explotadoras, más ó menos jesuíticas, que cuentan entre sus asociados a elevadas personalidades, y que van absorbiendo todo el jugo que da de sí el país, y acaparando, para repartirlo en pingües dividendos entre unos pocos privilegiados, el producto del trabajo del resto de los españoles; pero con ser esto muy lamentable y muy grande esa desdicha, lo es más todavía contemplar cómo este pueblo, que sufre las consecuencias de la impotencia y complicidad de los unos y que es víctima de la avaricia y explotación de las otras, lo aguenta todo sin tener un rasgo de energía que supla la timidez de los gobernantes, que no hacen más que adular y servir a los de arriba y oprimir y maltratar a los de abajo.

Esos poderes a los que aludia el señor Romero Robledo, no son tan invisibles ni están tan ocultos que no puedan ser señalados y descubiertos, si algunos hombres de prestigio y de autoridad, en un arranque de valor y de patriotismo se atreven a nombrarlos en el Parlamento en presencia del gobierno y ante la faz del país.

Todos sabemos quiénes son esos poderes extraños, en dónde imperan, y de dónde parte su acción y su influencia que se extiende por todas partes.

Nadie tiene duda de que hay una mano, cuyos dedos, como garfios de hierro, aprietan el cuello de España hasta tal punto que ésta siente ya los efectos de la asfixia.

La tal mano no hemos de decir nosotros otra vez más de quien es. Lo hemos dicho con mucha frecuencia en repetidas ocasiones. La hemos señalado saliendo descarnada, afilada y hucosa en forma de garra de ave de rapina, del extremo de la manga de una sotana negra...

Ahora les toca decirlo alto y claro al país, para que se entere, a esos hombres del Parlamento que, como Romero Robledo han visto el peligro, previenen las consecuencias que la continuación de este estado puede traer, y se lamentan amargamente de que estemos regidos y explotados por poderes invisibles y extraños, ante los cuales resultan impotentes los gobiernos.

Rásguese ese velo, y el que enérgica y francamente se atreva a hacerlo en pleno Parlamento, sea quien sea y pertenezca al partido que quiera, será el que mejor servicio haya hecho a España en estos tiempos.

JOSÉ GINTORA

Los obreros de Sanlúcar, Vejer, Puerto de Santa María, Obiciana y otros pueblos de la provincia de Cádiz han acudido en manifestaciones a los respectivos ayuntamientos, en demanda de auxilios porque se mueren literalmente de hambre.

¡Qué felicidad para ellos! ¡No tener que preocuparse de la subida de los consumos! ¡Y luego nos querrán convencer de que no es una ganga el ser pobre!

EL CATALANISMO

Que es obra clerical, y, por lo tanto, reaccionaria, sabido es.

Si lo dudase alguno, lea lo que ha dicho en Valls el joven é ilustrado abogado republicano, diputado electo, don José A. Mir y Miró:

«La cuestión catalanista no es otra cosa que federalismo disfrazado y mixtificado por los elementos retrógrados para provocar dentro de los partidos divisiones y rupturas que favorezcan sus planes.

» Ya que proclaman esos ideales, tengan los llamados catalanistas la franqueza de llamarse republicanos. ¿No lo hacen? Pues son unos farasantes reaccionarios, que por mezquina y personal ambición atentan contra la unidad de la nación.

» Como buenos hijos adoramos en Cataluña la patria chica; pero también queremos a España, una, indivisible. Y aun nos parece poco, porque la patria debiera ser el mundo.

» Los catalanistas, persiguiendo desconocidos fines particulares, hacen de un modo traidor el juego monárquico, impidiendo con sus amenazas separatistas la implantación de la República.

» Por eso doy la voz de alarma, para que los republicanos no se dejen engañar por ese canto de sirena de la farsa reaccionaria é indugna del catalanismo, que aprovechan fustionistas y conservadores, desacreditados y caducos en la gobernación del Estado.

» Los verdaderos catalanes queremos como hermanos a Madrid y a las demás provincias españolas. Lo que aborrecemos es el Madrid parásito oficial, por ser oñosa esa centralización que, en vez de facultativa y examinadora, resulta dilatoria.

No puede en menos palabras retratar-se mejor al catalanismo. Los republicanos que ayudan en su obra a los catalanistas, trabajan indirectamente por la monarquía. Y por la monarquía absoluta.

Una prueba más nos da el catalanismo, de que aquí no habrá paz, ni pan ni patria mientras no acabemos con la influencia clerical.

LA ESE RECTORI

Continúa la exprotegida de Anaya, rector de San Francisco, convirtiendo en buzones los confesonarios. Allí va otra carta encontrada en uno de ellos:

Señor don Manuel L. Anaya:

Padre mío: ¿No os da lástima ver cómo un día y otro día sufro paciente todo lo que me queréis afrentar? ¿No sentís un átomo de compasión al verme tan abatida, tan oprimida, tan necesitada... siempre esperando... aunque tengo la dolorosa experiencia de que sólo desentén mi muerte? ¿No os admira tanta mansedumbre, cuando debiera ser todo lo contrario?

¡Ah, si fuera como las mujeres del mundo... a quienes buscáis porque creéis sacar provecho de su trato!... Ellas son falaces, hipócritas, sensuales, sólo buscan en vos lo que les está vedado buscar. Vos lo sabéis, pero vais a nuestro alio, sin pensar en más.

Vos entre tanto os complacéis a verme morir poco a poco, y si no hubiera cárceles y jueros, ya me hubierais quitado la vida con vuestras propias manos consagradas.

No digáis que os calumnio. El golpe brutal del 26 de Noviembre confirma lo que me decían los médicos del Hospital sobre que habéis querido sobornarlos para que certificarán mi supuesta locura, la muerte civil que usted me dió, y que no pudo darme la muerte material...

Vuestra, María

Y el ministro de Estado, patrono de la iglesia de San Francisco, y el obispo de Madrid, a cuya jurisdicción pertenece, tan calladitos.

Cayóse un borracho de un piso quinto, y acudió solícita un alma caritativa a darle un vaso de agua.

Aunque muy estropeado, pudo exclamar con voz entrecortada por el dolor y la indignación:

¡Pero, señor! ¿De qué piso hay que caerse aquí para que le ofrezcan a un hombre un vaso de vino?

Pues lo mismo digo yo:

¿Qué tiene que hacer un rector de San Francisco para que lo separen del cargo, le formen expediente canónico, ó causa criminal, encerrándole en la Trapa ó en la Cárcel Modelo, según lo que arrojen las primeras declaraciones?

SEÑORES DIPUTADOS...

En Córdoba, faltando a las leyes, y con la complicidad de las autoridades civiles y eclesiásticas, se vienen hacien-

do enterramientos en la catedral. Todos recuerdan el entierro de la hija del hoy duque de Hornachuelos, cuyo cadáver se simuló que iba a inhumarse en el cementerio de la Salud, y fué de madrugada llevado al panteón que esa familia posee en su capilla dentro de la exmezquita árabe.

Ahora, recientemente, el 6 de Febrero, se ha dado sepultura al cadáver de don José Cañero Fernández de Córdoba, en pleno día, con el mayor descaro, cual si hubiera la seguridad de que, el pueblo de Córdoba no había de hacer una de esas protestas justas que llevan el testimonio de la verdad.

Varios vecinos han denunciado el hecho al presidente de la Audiencia de Córdoba, relatóndole lo ocurrido con todos sus detalles, señalándole los preceptos legales que se han infringido y pidiéndole que, «como representante de la Justicia y ejecutor de las leyes que se dictan para su observancia, ya que tiene autoridad para ello, se sirva disponer la exhumación de dicho cadáver y su traslado al cementerio católico, y exigir la responsabilidad a los que directamente han intervenido en este entierro, para evitar que en lo sucesivo se repitan estos actos atentatorios a las leyes del reino desobedecidas y desacatadas impunemente.»

Señores diputados republicanos: Si creen ustedes que ese asunto merece la pena de que sus elocuentes lenguas se muevan un poco para exigir responsabilidades y pedir que la ley se respete, dígnense moverlas.

Esto, si no creen ustedes que su salvación eterna puede correr algún peligro; pues en tal caso, lo primero es la salvación.

Antes que sus almas se pierdan, que entiendan a todo bicho viviente, no digo en la catedral de Córdoba, en todas las iglesias de España.

No quiero yo que por una excitación mía, vayan a perder los grandes méritos que con la Iglesia han ganado en esta legislación al discutir con tanta prudencia y tanto mimo el presupuesto del clero.

Muere Esteban Rodríguez fuera de la comunión católica en Guesstosa, provincia de León.

Como en el pueblo no hay cementerio civil, porque la ley no se ha cumplido, el cura no permite que se le entierre, y amenaza con enviar a presidio a los que acompañen el cadáver.

Esto se resigna con la cristiana disposición y comienza a despedir tales perfumes en justo agradecimiento, que es lástima no los aspire todos el buen padre de almas.

Y así está durante una semana, sin que yo sepa a la hora en que escribiré, si los gases han dado ya fin de su carne pecadora en aquel banquete al aire libre.

Muerden tanto estos piadosos y civilizadores espectáculos, que sospecho si los hijos comenzando nuestra regeneración suprimiendo esa llamada obra de misericordia que manda enterrar los muertos.

¿Que si hay gobierno en España? Para sacarle los relojes al contribuyente y besar las patas al clericalismo, sí que lo hay.

CRIDAD CUERVOS

Un concejal de Fitero se ha permitido proponer que el cuadro que ostenta el retrato de la reina sea quitado del salón de sesiones, y que se ponga en su lugar un San José o un corazón de Jesús, porque—ha añadido el tal—la reina está en actitud indecente por demasiado descotada...

La proposición fué desechada, pero el gobernador de Pamplona no ha suspendido al concejal carlista y pudoroso.

Denuncio a ese gobernador como cómplice del delito imperdonable de faltarle al respeto a una señora.

Tomad corazones de Jesús, conservadores. No os atrevéis a impedir que se haga con ellos propaganda carlista, y ya se atreven los partidarios del Chapá a faltar públicamente a la señora que os mantiene en el poder.

Criad cuervos, que ellos os sacarán los ojos.

Y lo de menos sería eso, si la pobre España no tuviera que pagar los vidrios rotos.

Por ella lo lamentamos, que por vosotros...

Abí nos las den todas.

La prensa republicana

José Nakens ha tenido la feliz idea, acogida con gran entusiasmo por muchos, de convocar una Asamblea, Congreso o reunión de periodistas activos republicanos de España. Muy conformes con tan excelente pensamiento, vamos a exponer algunas ideas a propósito de las cuestiones que creemos deben ser objeto de resolución de los periodistas republicanos, es claro que considerando como tales a los de convicciones arraigadas y que no consideran como profesión o industria el periodismo, ya sirviendo a una causa, ya contribuyendo con su inteligencia a fomentar intereses de empresa; no. Conocemos demasiado a Nakens para convenir en que los periodistas a quienes convoca han de ser republicanos convencidos y laboriosos, y dignos soldados del ejército de la República.

Esto aparte, vamos a tratar de nuestras proposiciones.

Todos estamos conformes en la apremiante necesidad de implantar la República con todas las soluciones de la democracia consagradas en los programas de los republicanos; sobre esto, como sobre otros temas políticos, ni habrá discusión ni discrepancia.

La Asamblea de la prensa republicana debe acordar trabajar a diario sin descanso, y por todos los medios que están a su alcance, hasta conseguir la expulsión de los jesuitas y de las órdenes monásticas de ambos sexos, comprendiendo a todas las instituciones similares.

Debe procurar el fomento de la vida civil, alentando los enterramientos de esta clase y trabajando para que en todos los pueblos de España se dedique lugar honroso en que puedan reposar tranquilas las cenizas de los que mueran fuera del gremio de la Iglesia católica, o que no quieran ser los entierros en sagrado, denunciando todos los abusos o extralimitaciones que en este sentido se cometan por curas, frailes, alcaldes o caciques.

Reclamará un día y otro día la instrucción obligatoria, integral y gratuita.

Procurará instruir al pueblo en los actos de la vida civil, para que no se valga de documentos eclesiásticos a contar desde la ley del Registro civil de 1870, que no tienen aplicación, y que constituyen una verdadera socaína, de que se aprovechan los curas con perjuicio de los interesados.

Establecerá una verdadera solidaridad para defenderse contra las denuncias, demasías y atropellos del poder, sobre todo cuando se trate especialmente de asuntos religiosos, reproduciendo todas las denuncias de abusos, ocultaciones de bienes, delitos y demás actos contrarios a la ley y a las buenas costumbres que realicen los obispos, frailes, curas, monjas y demás personas o asociaciones clericales, sean de la clase y condición que quieran, y siempre que se trate de asuntos que verdaderamente merezcan la pena por su importancia o por las condiciones especiales del hecho.

Para estos efectos se constituirá un sindicato o comité, con delegaciones en las comarcas o regiones que se estime conveniente, a cuyo sindicato estarán afectos un letrado y un procurador, por lo menos, que deducirán ante los tribunales de justicia, centros administrativos, etc., las oportunas demandas o reclamaciones.

Este pensamiento puede abarcar otros puntos o cuestiones de verdadero interés, que reproduciremos en artículos sucesivos y que pueden ser como la iniciación de una sociedad fuerte, prestigiosa y de gran conveniencia, para que, comenzando por poner el freno a tantos abusos y demasías como aquí se cometen por el poder teocrático, jesuítico y fraileño imperante, concluya con la irritante dominación de la clerecía.

Mucho ha luchado la prensa republicana y librepensadora en estos veinticinco años, pero ha sido el esfuerzo aislado, particular, y se ha estrellado ante la falta de inteligencia y de solidaridad de todos. Unamos los esfuerzos, trabajemos todos por los intereses de todos, y realizaremos una obra verdaderamente redentora; porque cuando el pueblo nos vea unidos en la labor; cuando los espíritus débiles vean que no están solos, que tienen una ayuda fuerte que les presta verdadero apoyo, romperán con la indiferencia y con la apatía, y se sumarán las voluntades, las energías, duplicándose las actividades al servicio de la libertad. Entonces será cuando podremos poner al descubierto tanto como hay oculto; entonces será cuando se podrá enseñar al pueblo muchas cosas que no sabe, y que algunas le cuesta trabajo convencerse de que puedan suceder; entonces será cuando puedan corregirse tantos y tantos abusos y exigir la imposición de castigos por delitos que hoy quedan en la más dolorosa impunidad.

La justicia penetrará dentro de esos muros de piedra y ladrillo que se llaman conventos, velados y cerrados hoy para el Código penal, y asociada de la mirada perspicaz de la acusación privada, escrutará todo lo oculto, todo lo escondido, todo lo que parece misterioso, para que salga a la calle y se depure en pública y contradictoria contienda, ante la majestad del pueblo que presenciara los debates, que analizará los hechos y que juzgará por sí propio de cuanto viere y oyere.

Vea, vea el amigo Nakens si algo de esto es utilizable para el Congreso periodístico, y tome acta de ello, que mucho hay que hacer y bastante se puede intentar con fruto teniendo buen deseo, convicciones y voluntad decidida de ponerlo en práctica.

A. A.

(El Balaarte, Sevilla).

Por dar gusto a Necedal, han suspendido las licencias al ilustrado presbítero don José Pérez Martínón.

Mal paso han dado los clericales, porque ese presbítero no es de los que se dejan atropellar impunemente.

Me parece que alguno va a salir reventado y no va a ser él.

¡Qué brutos son los neos! No saben ni distinguir de presbíteros.

¡Conviértase usted!

Mucho, muchísimo se ha escrito en defensa de la religión católica y de sus misterios. Inteligencias superiores, con elocuencia sublime, han tratado de probar la verdad de esa religión. Usted, señor Nakens, ha leído muchas de esas razones expuestas, y nunca se ha convencido del error en que vive. Yo, hasta hace poco, fui como usted, quizás más intransigente; pero héme aquí completamente cambiado y en disposición de hacer

entrar a usted con zapatos en nuestra santa madre Iglesia cantando el *mea culpa*.

Claro es que no es mi inteligencia la que ha encontrado la panacea para convertir herejes—que ya me contentaré con medio hilitar estas ideas—mas para qué están los jesuitas en el mundo?

No crea, señor Nakens, que pretendo hacer de usted un santo; a usted no le libra ni la paz y caridad, ni aun cuando sacara clavos con los dientes, de ser servido en forma de *media de las de abajo* con cualquier café que se le ocurra al buen Lucifé r tomar. He hecho usted muchos méritos para, sin formación de sumario, ser zambullido en las célebres calderas de pez hirviendo.

Pero vamos al asunto. Aquí en Alcoy hemos tenido la honra de ser visitados por los buenos discípulos de San Francisco de Borja, y uno de ellos ha sido el que con su poderosa influencia ha conseguido abrirnos los ojos a la luz de la verdad mostrándonos en toda su hermosa desnudez.

En distintas ocasiones varios amigos me instaron a que fuera a oír los sublimes discursos (Dios me perdone, quise decir sermones) que los hijos de San Ignacio estaban largando. ¡Dichosa hora aquella en que me decidí a escuchar esa recomendación! Harto de pasear calles y sin saber qué hacer, coléme donde había 18 años (tengo 30) no había entrado. ¡Dios veía por mí! Mi juración, ni baxada. El jesuita decía al entrar yo:

«Esta noche voy a ocuparme del infierno, para demostraros su existencia real y efectiva, en contraposición a lo que muchos necios enseñan para engañar a una cáfila de brutos e ignorantes, para engañaros a vosotros.» (Textual.) Esto empezaba admirablemente. Era natural que cualquiera de aquellos pidiera la palabra para una alusión personal. Pero no; absorto con tan divina elocuencia, no eran dueños de su voluntad.

«Oíd a esos ímpios—continuaba el *pater*—; os dicen que no creen en el infierno porque nadie ha escrito desde allí preguntando siquiera por la familia. ¡Infelices! Pues bien, señores, (agárrese usted, señor Nakens, que va parte del argumento) yo no creo en el cementerio porque ningún cadáver ha venido a hablarme de su existencia.»

El que el *pater* destruyera. Vea usted con qué sencilla elocuencia me han llevado y podrán llevar a usted al reino de la Iglesia. ¡Cómo! ¿Que no está usted conforme? No importa. Aún hay más municiones. Allí va una bala *dum dum* larga la como por mano de un *bor*.

«En cierta ocasión el conde de Orloz (creo le llamaba así el *jesu*) hablando con uno de sus generales le interrogó:—¿Cree usted, mi general, en la existencia del infierno?—Señor—contestó—¿qué no creer en esos cuentos idios para embargar gentes sencillas e ignorantes?—No obstante, general; algunas veces en mi alma se levantan ciertas dudas en vista de las infamias que impunemente se cometen en este mundo.—Pues hagámonos un pacto. El que antes muera vendrá a decir al otro qué tal le va por allá. Marchóse el general a la guerra y al frente de su ejército fué atravesado por una bala y murió. Una noche, y en ocasión en que el conde estaba acostado, se aparece el general en la sala con (esto es sublime) la mano sobre el pecho, los ojos hundidos, pálido el semblante cual la muerte, y...»

¡Sí, hay infierno!—¡Ijo con voz cavernosa.—A haber tenido dos sombreros puestos hubieran salido todos botando. ¡Qué horror! El conde, desahogado, se levanta y se tranquiliza creyéndose víctima de horrible pesadilla. De pronto lanza un grito. Allí está la prueba de que es horrible verdad cuanto vió y oyó. La alfombra estaba quemada en el sitio que el pobre general posó sus pies. Sin duda se le había olvidado limpiarse al salir de la caldera de plomo decretado para venir a darle la noticia al conde.

Don José, yo no pude más; caí de rodillas, como usted estará ahora, y pedí a Dios perdón, ofreciéndole ir a rezar con usted un rosario.

Hasta la vista, pues.

L. FIGARO

Alcoy, Febrero 1900.

La Sala segunda de esta Audiencia, en la demanda presentada por doña Julia Semillan para que se abra de nuevo la causa de violación y otros delitos cometidos en el Manicomio sobre su hija Francisca, ha providenciado con fecha 10 de Febrero que pasen al fiscal las causas, cualquiera que sea el estado y lugar o mano en que se hallen.

Si habrá sonado para el P. Menni, ese explotador de Manicomios, la hora de pagar las que ha hecho?

Si realmente, a falta de Providencia, habrá justicia alguna vez?

Tendré al corriente a mis lectores de los incidentes de esta célebre causa.

Escrúpulos jesuíticos

Los jesuitas se escandalizan de todo; son por completo intransigentes con todo lo que de lejos o de cerca pueda caer en menoscabo de la moral.

Los bailes, ¡qué horror! Son invenciones del demonio para perder a la juventud.

Los teatros, escuelas de perversión donde se canonizan los vicios y se denigran las virtudes cristianas.

Los paseos no deben ser en manera alguna frecuentados por los que de católicos se precien.

Las novelas no deben leerse, porque en ellas se encuentra siempre en menor o mayor grado el virus de la inmoralidad y del liberalismo.

Las visitas no deben hacerse más que para algún asunto necesario o cumplimiento de deber de caridad.

Los periódicos han de rechazarse como verdaderos áspides que envenenan cuanto tocan.

Los jóvenes no deben para nada acercarse a las muchachas, ni aun mirarlas. San Luis Gonzaga no miró a la cara ni a su madre.

Las bromas se deben hacer cuidadosamente, pues hemos de dar terrible cuenta a Dios de toda palabra ociosa.

Esto y más piden los jesuitas en pláticas, sermones y ejercicios a los que quieren merecer el nombre de virtuosos y cristianos.

¡Grande pureza se necesita, pues, para complacer los escrúpulos jesuíticos!

Vida perfectísima, aunque insostenible, han de llevar los que sigan sus inspiraciones y consejos.

Bueno; pues resulta que no hay tal moral ni tal pureza, sino un velo de virtud que cubre las más grandes perversiones, las más repulsivas inmoralidades.

Al teatro no se debe ir: lo que hay que hacer es ir a las solemnidades religiosas a profanar el templo luciendo elegancias atrevidas y lujos estrepitosos. Ir allá a confundirse hombres y mujeres en apretadísimo haz, muy del gusto de novios y novias, considerados en el teatro a mirarse a la distancia que media entre un palco y una butaca.

Es de advertir que los padres de la Compañía se vuelven locos de gusto cuando sus iglesias se convierten en jardines espléndidos donde se exhalan perfumes deliciosos, crujen sedas de vivos matices, se lucen sombreros cubiertos de rizadas plumas y se respira ese ambiente de confort y alegría que flota en las reuniones aristocráticas.

El insulto a Jesucristo pobre y casto hecho por una gente llena de soberbia y de lujuria, esto no constituye materia de escándalo para los jesuitas.

No deben leerse periódicos ni novelas. Solamente permiten los periódicos y las novelas que publican los jesuitas.

Si en ellas se describen minuciosamente y a lo Zola (sin su admirable literatura) casas de lenocinio, como sucede en *Pilatillos*; si se pinta a una mujer casada que acompañada del amante añale unos cuernos al retrato de su marido, como sucede en *Pequeñeces*; si se representan al vivo escenas en que las muchachas se pierden en las habitaciones oscuras en compañía de sus novios, como sucede en la *Gorriona*, todo esto, que produce un dineral a los pobres religiosos de la Compañía, no constituye para ellos la más mínima materia de escándalo.

Los jóvenes no han de acercarse a las muchachas.

Es decir, no deben llevarse de los impulsos nobilísimos del amor; no han de llevar a una reja suspiros y canciones; no han de seguir las huellas de una beldad para aspirar con delicia el aire que agita al pasar; no han de hacer la locura de casarse por cariño y acaso sin saber qué van a comer al día siguiente de la boda.

Lo que han de hacer es concertar el matrimonio con alguna fea rica y confesada del Padre director de los Luises.

¡Casarse sin amor, vivir de convencionalismos y... llevarse de ayuda de cámara algún simpático protegido!

La ley de Dios manda que el matrimonio se haga por amor y anatematiza a los que, en vez de llevar al altar dos corazones, llevan dos bolsillos para que los bendiga el sacerdote; pero los jesuitas, en uso de sus omnímodas facultades, lo han arreglado de otra manera, y con tal de que el agradecimiento del novio enriquecido asegure el donativo para el colegio o la residencia, no hacen de esas enormidades la más insignificante materia de escándalo.

¡Los escrúpulos jesuíticos!

Podrían seguramente ser provechosa enseñanza para el hombre honrado.

Aquel que haga todo lo que mandan no hacer los jesuitas, podrá no ser un devoto; pero siempre resultará una persona decente.

El que a los dictámenes y enseñanzas de los loyolas se someta, resultará un perfecto devoto, se hará digno del todo de ostentar un escapulario en el pecho y una placa en el... portal de su casa, y al mismo tiempo será un canalla sin corazón, sin caridad, sin fe, sin amistad, sin amor, sin ninguna de las cualidades que ganan para los hombres el dictado de persona estimable, de persona decente.

GIL BLAS DE SANTALLANA

Frase atribuida al P. Montaña:

«Estoy deseando que venga al poder Sagasta, para realizar mis venganzas. Estos de Silvela son muy formulistas. Don Praxedis atropella por todo y no sabe negarse a indicaciones de palaceros acreditados como yo, pese a cuantas leyes puedan oponerse.»

¡Qué honra para Sagasta y para los liberales!

Y el caso es que si Montaña ha dicho esa frase, ha dicho una verdad como un templo.

En el desarrollo del clericalismo, hay que cargarle la mitad a Sagasta, una cuarta parte a los conservadores, y la otra cuarta parte...

A los republicanos de solideo y gorro frigio.

Hay que ser imparciales.

Estafa carlista

No crean ustedes nada de eso que dicen por ahí los carlistas sobre los fusiles recién ocupados. Son suyos y muy suyos: ellos los habían comprado y traído, y ellos también *dieron el soplo* a fin de que fueran cogidos.

Entre los *listos* del partido los hay capaces de cualquier cosa por agenciarse unos cuartos, así como hay muchos inocentes.

Promovieron los primeros una cuestión para realizar el eterno levantamiento con que sueñan los candidos (los guerreros, curas, legitimistas franceses e ingleses y algunos americanos) y acaso varios pilletes enemigos de España o interesados en la baja de la Bolsa que produciría el levantamiento.

No sin trabajo, lograron reunir más

de dos milloncitos en Londres, en París, en América (Norte y Sur) y en España. Banqueros, aristócratas, damas y otros infelices o menguados, soltaron la mosca según las respectivas fuerzas.

Cuando se vio que ya no podía obtenerse un céntimo más de los tontos, los vivos... casi no hay que decirlo, se repartieron bonitamente los cuartos, compraron unos cuantos fusiles, é hicieron todo lo posible para que los cogiera la policía y así justificar el fracaso ante los *paganos*.

Tiene gracia ¿eh? Pues sepan que así, ni más ni menos, ha ocurrido, según dice *El País*, y que ya saldrán las pruebas de esto que se tenía muy callado; y que conoce a un curita carlista muy popular en las tabernas, cafés y buñoleros de esta corte y punto fuerte en las casas de lenocinio, el cual se ha calzado con unos 70.000 reales de ese dinero. ¡Y que no lo han disfrutado las horizontales, sus amigos de siempre! ¡Es un placer el ser carca de los vivos!

Ojo, pues, carcatólicos de la clase de inocentes paganos. Y en cuanto a los liberales, sin dejar de recelar del carlismo ese de los alzamientos, fíjense más en el de los ministerios, los palacios y las casas religiosas.

Que es donde verdaderamente está el peligro. El carlismo sin don Carlos es peor que con él.

CONTRASTES

Y en tanto que los conventos y asilos lo acaparan todo, ocurren a diario hechos como el siguiente:

Una mujer roba cuatro libretas en una tahona de la calle de Valencia, y la policía la detiene. Interrogada, declara llorando que lo ha hecho porque sus hijos llevaban ¡tres días sin comer!

Llega a la Coruña, procedente de Valladolid, un anciano, casi moribundo, se le pide al alcalde que pase al hospital, no contesta, y se acude al gobernador civil, quien ordena que pase.

A la puerta del hospital detéñese la camilla en que llevaban al enfermo, *de orden del alcalde*, diciendo que no había cama.

La camilla vuelve con el enfermo a la estación, el jefe de policía obliga a llevarlo de nuevo al hospital, donde no entra, porque el anciano toma el buen acuerdo de morirse a la misma puerta.

Esta es la España clerical, comida por las órdenes religiosas y por el clero. Mientras éstos gastan millones sacados a los fieles con pretextos caritativos, las madres roban pan para que sus hijos no se mueran inmediatamente, y los ancianos enfermos no encuentran ni una cama en un hospital donde morir.

Pueden estar satisfechos los que vienen trabajando hace tiempo por la completa degradación de España, después de haberla llevado al deshonor y la ruina.

LOS QUE MANDAN EN NAVARRA

Si en toda la nación española domina la fanatizadora clerecía y se impone descolando la autoridad del jesuita y del fraile, en Navarra la gente clerical reina omnipotente y soberana, con soberanía y omnipotencia despóticas, avasalladoras, medioevals...

Tan absoluto es el degradante dominio que los clericales ejercen sobre Navarra, que cada cura resulta allí un señor despótico y cada fraile un soberano inviolable.

Si ilegals, por ejemplo, a Estella, y no os descubrisen reverentes y humildes ante cuantos sacerdotes y frailes encontráis al paso, si no os persiguiáis religiosamente al pasar junto a las iglesias, es muy probable, casi seguro, os veáis en la imperiosa necesidad de abandonar la *escorte del rey Chapá* escoltados por la guardia civil.

Todos los pueblos de alguna importancia de Navarra cuentan con su convento correspondiente. Las ciudades son criaderos de frailes rollizos y belicosos que allí, soleados por los ardores *místicos* del más irracional de los fanatismos, creen que es una *benedición del cielo*. Estos benditos enjendros fraillunos, luego de bien formados, comienzan sus ensayos oratorios predicando en los pueblos de la región, al efecto convenientemente abonados, contra la libertad, contra la ciencia y contra todo lo que redime al hombre de la ignorancia y le eleva a los superiores dominios de la razón redentora.

En Navarra los frailes *noricios*, los recién ordenados, quiero decir, tienen su tribuna libre, preparatoria en los *clubs parroquiales* de los pueblos, donde predicaban poca caridad evangélica, eso sí, pero hacen, en cambio, muchos y muy acérrimos prosélitos para la causa del gran Carlos Chapá...

En Navarra, gracias a la influencia frailluna, hállase todavía en el esplendor de su primitivo apogeo el famoso *Rosario de la aurora*: las gentes van en peregrinación a visitar los conventos y es una gran honra para toda familia que de cristiana se precia tener algún pariente frailluno estudiando en los noviciados. Los frailes en Navarra son los amos. Respetados con idolátrica veneración, todo el mundo se disputa ser el primero en besar el cordón de un capuchino o de un franciscano; y si predica un jesuita, las masas sociales fanatizadas llenan de bote en bote el templo en que tiene lugar tal acontecimiento.

El fraile decide en Navarra todos los

asuntos públicos y privados de la vida social. Da reglas a los matrimonios para bien vivir, y aconseja a los hombres el candidato que deben votar. Se mete en todo sin respetos a nada ni a nadie. Por eso tiene en Navarra tan bonitas raíces el carlismo, y será imposible acogerlo mientras sigan las cosas como están.

En los pueblos de Navarra son raras las casas que no ostentan en los frentes ó sobre las puertas de entrada, placas del *Corazón de Jesús*, cruces y romances religiosos escritos en versos imposibles por la santa estupidez de los misioneros explotadores.

En la mayoría de los ayuntamientos hay placas recordatorias de misiones pagadas a buen precio por las arcas municipales. El negocio de las placas del Corazón de Jesús con el sugestivo «Reinaré», ha debido producir en Navarra a los afortunados explotadores del anticristiano culto ideado por la astucia del jesuita La Colombiere y el misticismo de la beata María Alacone, una infinidad de miles de duros. Navarra está plagada de placas; se exhiben públicamente en los edificios de Pamplona, a pesar de ser la capital de la provincia. Pero donde más abundan estas enseñanzas de guerra, es en Olite. Esta ciudad, cercada de tétricas murallas, es una ciudad *santa* a la manera hipocrita como entienden la santidad los buenos católicos.

Al llegar a Olite, por cualesquiera de sus diversas entradas que pretendáis internaros en la ciudad, leeréis con asombro en rótulos formados de caracteres colosales, un bando de la alcaldía por el cual se prohíbe blasfemar, amenazando a los infractores de tal disposición con ser sometidos a los rigores de la ley.

Que esto es vergonzoso a últimos del siglo XIX en un país civilizado... Tal vez sea cierto; pero la santa ignorancia de ciertas autoridades es tan grande, que en nada repara con tal de servir a los clérigos.

Yo he permanecido en Olite durante algunas horas, y confieso que, sólo viéndolo, puede apreciarse el increíble retraso en que allí se vive. Las calles desiertas, tristes, con tristeza de tumba; el aspecto *beatífico* de los pocos transeúntes con que uno tropieza; las muchas capillas, retablos, placas, cruces y otros símbolos de fanatismo con que hállase místicamente adornada la población, dan a Olite la apariencia siniestra de un cementerio donde el espíritu se contrasta y el corazón se oprime con tristes frialdades de muerte.

Huyendo de tan mortal melancolía y deseando partir en tanto antes hacia la democracia y modernísima Tufalla por la puerta de la estación, salí de Olite y fui a parar, naturalmente, ante un soberbio convento de franciscanos descalzos. En la puerta del convento me detengo, como lo hago siempre que por delante de un edificio monacal discuro, y allí, para acabar la fiesta, observo la siguiente escena.

Un hombre joven y bien formado, de rostro simpático, triste y taciturno, en actitud solenne, flora y reza al par que tiene por el roncal sujeta una yegua baztanesa rumbosamente aparejada.

De pronto se abre la puerta del convento; déjase ver la rolliza figura de un fraile acojonado, de facciones estúpidas; y luego, retirándose el buen padre, franquea el edificio monacal una mujer joven y hermosa que besa con fruición y apasionamiento arrobador un niño que trae sobre sus brazos.

Con paso firme y seguro, la mujer que acaba de salir del convento dirige hacia el hombre que junto a mí flora, reza y custodia la yegua; y presentándole el niño raquíutico y macilento que trae sobre sus brazos cubierto de mantillas de una blanchura irreprochable, exclama casi con delirio:

—Toma, toma, bésale! Ya le han sacado los padres los enemigos del cuerpo. ¡Ahora sí que va a ponerse bueno en seguida!—Y el buen hombre coge el chiquillo lleno de relicarios lo besa y rebesa con amor ardiente, y cubriendo su demacrada carita de lágrimas y dirigiéndole palabras de gran ternura...

Como estoy cerca de ellos contemplándolos con observadora curiosidad, la sencilla joven me dice: Es nuestro primer hijo, señor. Nos casamos *a disgusto de la madre de otra voria que éste tuvo*, y prometí vengarse de nosotros; y, como es una *bruja sin religión* ni entrañas, se ha vengado en el chico *endemoniándolo*. Pero ya no tenemos miedo, porque los *padres* le acaban de *sacar los demonios* y pronto estará bueno y será nuestra dicha, gracias sean dadas a los santos frailes franciscanos y al poder que sobre ellos ha depositado nuestro señor Jesucristo, *amen Jesús*.

—Y ¡han venido ustedes de muy lejos! me atreví a preguntar a la atolondrada madre.—Sí, señor;—me respondió—hemos venido de Tierras, nnas seis leguas de aquí; porque estos *padres* tienen mucha virtud para *sacar los malos enemigos del cuerpo*, y por eso vienen aquí las gentes de muchas leguas a la redonda...

A punto estuvo de manifestar a aquellas pobres gentes el engaño de que eran víctimas, haciéndoles saber que la tal ceremonia de *sacar al niño los demonios del cuerpo* mediante exorcismos ridículos y supersticiosas abluciones, además de inútil y absurda, era anticristiana, y que como tal estaba proscripta por los papas, pero comprendí que nada hubiera sacado... Y, al observar la gran precipitación con que extraían del flamante serón que sostenía sobre sus lomos la yegua, paquetes de cirios, gallinas, un soberbio cordero ó infinidad de presentes secundarios con destino al convento, parti de aquel sitio sin despedirme siquiera, asombrado de que todavía la ralea frailezca, dueña soberana

de Navarra, tenga sumido al bizarro pueblo navarro en los groseros fanatismos y repugnantes supersticiones en que se consumiera, despreciada y corrupta, la aborrecible España de Carlos II el Hechizado.

DONATO LUBEN

LA BUENA HORA!

Como mis lectores saben, el P. Sarmiento conservaba aún las licencias correspondientes para desempeñar su oficio; sólo que no quería utilizarlas.

Pues bien; ahora sólo el provisor de Madrid citándole y emplazándole ante su tribunal, por delito de apostasia.

¿Apostasia, siendo él católico y pronunciando cada discurso que canta el credo en favor de la religión, aunque en contra de sus explotadores? Es para reírse.

Se le amenaza, si no acude, con el *perjuicio a que haya lugar*. ¿Cuál podrá ser éste? ¿Que no diga misa? ¿Pues si no la quiere decir! ¿Que no confiese á beatos ni beatas? ¿Pues si ha renunciado, porque le apestan! ¿Que no predique? ¿Pues si anda ahora de pueblo en pueblo por la provincia de Valencia predicando evangelio y democracia!

Como que él es tonto, además, para presentarse a responder en causas que pudieran dar por resultado el encerrarle en la Trapa, como con Ferrándiz hicieron, para regalarle con judías y acelgas á diario!

Espere el provisor sentadito a que se le presente el P. Sarmiento, al que no quisieron recibir dignamente cuando en el palacio arzobispal se presentó, y con el que van a soñar los que están dentro de la Iglesia, apartados de la doctrina de Cristo.

¡Pero qué torpes son los *altos* del clericalismo! Hace unos dos años quitaron las licencias a Ferrándiz. ¡Lo que lo habrán llorado!

Ahora se las quitan a Martínón y a Sarmiento. ¡Lo que lo llorarán!

Todo el rebaño de curas de la diócesis no valía lo que uno solo de esos. ¿Qué va á pasar, ¡cielos divinos! si ahora los tres hacen causa común?

Me relamo pensando en los buenos ratos que me esperan, y en las veces que exclamaré:

¡Vivan el obispo, y el provisor, y el secretario, y todo el cabildo, y los jesuitas, y el tribunal de la Rota, que tanto y tan desinteresadamente trabajan en favor de EL MOTIN!

¡Vivaan! ¡Vivaan!

La Iglesia se nos come

En Córdoba había una funeraria, y como ganaba mucho, los curas amigos del obispo han creado otra con el título *La Funeraria Católica*, de la cual aparecen empresarios los sacristanes de las once parroquias de aquella ciudad.

Han publicado unos prospectos graciosísimos por su cinismo mercantil, diciendo que se acuda á los sacristanes de las parroquias, que no enterrarán más que *cadáveres católicos*, y cosas por el estilo.

El público empezó por reírse, pero se ha indignado al saber que, habiendo acudido una familia á cierta parroquia para que hicieran con las campanas la señal de haber muerto un feligrés, el sacristán dijo: «No se hará porque no han comprado ustedes la caja en la *Funeraria Católica*».

Si por la muestra se conoce el pañ, ¡menudas cosas van á pasar con esa *Funeraria*!

Nada; donde quiera que asoma la cabeza un perro chico, acuden como moscas á llevarse al instante, un cura, un sacristán ó una hermanita.

¡Tiembra, metal acuñado!

SI, ES CARLISTA

Me preguntan algunos republicanos si *El Fusil* es radical, á lo que contesto:—No, es carlista; lo dije, y lo repito. Hace el mismo papel, con menos escándalo, y menos ingenio, que *Los Descamisados* hicieron durante la República.

Varios periódicos se han dedicado estos días á quitarle la careta, entre ellos *El País*, que le ha saltado, entre otras muchas cosas, lo siguiente:

«Eres carca, *Fusil* enmohecido.

Te dirige el mismísimo redactor jefe de *El Correo Español*, Benigno Bolaños (Eneas.) Te administra el señor Arrufat, redactor del órgano oficioso de don Carlos.

Te fundó el impresor de *El Correo Español*, don Ricardo Hernández, que está pleteando contigo —¡oh fraternal cariño! de los carcas!—y pidiéndote que le rindas cuentas de las administraciones de *La Estaca* y *La Escoba*...

¿Quieres más datos todavía, chiquitín?

¿Los quieres, *Fusilito*!

Ya lo saben nuestros correligionarios. Y el que después de saberlo siga leyendo ese periódico, es que se siente carca por dentro.

¡ESCÁNDALO!

Lo hubo hace pocos días, y monumental, en la barriada de Remedios (Tortosa).

Un cadáver en estado de descomposición; la familia y los amigos angustiados y sin darse cuenta

de lo que pasaba; el público apostado en la casa del difunto protestando y recriminando á la gente de setena por su proceder...

Dan las diez, las diez y media, las once, y los que se titulan representantes de la Iglesia católica no aparecen por ninguna parte, á pesar de haberse comprometido 25 ó 30 á asistir al entierro.

¿Cuál era el motivo de tal conducta? Sencillamente que un negocio más redondo y más lucrativo había llevado á los curas á otra parte, á Ruquetas, donde en otro trabajo ganaba cada uno 10 pesetas.

Como la descomposición iba en aumento y la estancia en la casa se hacía imposible, la familia ordenó el entierro, al que sólo asistió el cura de la parroquia, el cual deploó lo que ocurría.

No voy á elogiar á los curas que faltaron á su palabra y á su deber ¡Dios me libre! Pero sí he de procurar disculparlos, llevándolo por el cariño entrañable que los profeso.

Está todo tan caro, comestibles, ropa, bebidas, que lo mismo el hombre que el cura deben aprovechar cuantas ocasiones se les presenten de ganar lo que buennamente puedan.

Se les presentó la de agenciarse unos cuartos retardando ese entierro unas cuantas horas, y la aprovecharon. No estuvo bien, pero tampoco la cosa merece tamaños aspavientos.

Y la prueba de que no los merece, está en que el primer interesado, el difunto, no dijo una palabra siquiera, sino que fué su familia la que se alborotó. Comprendió el hombre sin duda la razón, y se echó esta cuenta: «Hay zapatos que comprar para las amas; alcucuellos que reponer; camisetas que reemplazar... Los discípulos. Y bien mirado, lo mismo me da pudrirme aquí, que bajo tierra. Y al que le huela mal, que se tape las narices.»

Pensamos como el difunto y absolvemos por esta vez á los curas prófugos.

¡SI YO MANDARA!...

Dice un periódico neo que en Vigo ha ocurrido un milagro; este:

Una señora había entrado en el período agónico, según declaración de los médicos señores Lanzós y Gil, y del Padre salesiano Dr. Matías Buil, y volvió á la vida con solo una estampita del P. Hoyos, que el P. Buil colocó en la almohada de la enferma.

Con esto, y la promesa de una novena para que el Sacratísimo Corazón de Jesús devolviese la salud á la moribunda, salud recobrada.

Perfectamente. No discuto el milagro. Mas aún; lo admito.

Pero si yo mandase, prohibiría en absoluto á los médicos visitar á los católicos, aunque fuesen por ellos solicitados.

Estampitas, rezos, agua bendita y milagros; á esto reduciría toda la terapéutica para los creyentes.

Así les ahorraría gastos, molestias y el deber á la ciencia profana una salud tan fácil de recobrar por procedimientos milagrerios.

¿A que no habría católico que aceptase el trato, ni que prefiriese el agua de Lourdes á la de Locches, una estampá á un sinapismo, y unas medallitas á unas píldoras de quinina, desde el momento que se encontrase enfermo de verdad? ¿Qué había de haber!

Verdad que tampoco habría quien inventara y propalase esas paparruchas, porque se le zamparía en presidio por embaucador y estafador.

Realmente es la última que yo no mande.

El Tribunal Supremo ha declarado en una sentencia, que los párrocos son *funcionarios públicos constituidos en autoridad*.

Entonces están y deben estar á las órdenes de los gobernadores civiles, que pueden aplicarles, cuando los desobedezcan, todas las correcciones marcadas por el derecho administrativo.

Me alegro que se les considere como funcionarios, no sólo por lo que padece su carácter sacerdotal, sino porque pueda cualquier ciudadano presentar prueba contra ellos en los procesos por injuria.

Y admitiendo pruebas, pocos, muy poquitos se librarán de salir reventados.

NO ME EXTRAÑA

En la catedral de Valencia había una escuela histórica, la del rey don Jaime, colocada sobre un escudo en el altar mayor.

Hace un año desapareció, y el cabildo ni dió parte á la autoridad, ni formó expediente, ni dijo una palabra. Sería por temor á tropezar con el delincuente?

La escuela carecía de valor material, pero por haberla llevado quien la llevó, hubo ocasión en que ofreciera por ella 18.000 pesetas.

El Mercantil Valenciano dice á propósito de esa desaparición:

«Ante todo recordare los dos hechos:

El despojo del nuncio bastante horado don Manuel Ruiz Zorrilla ordenando inventariar las alhajas y objetos artísticos de los templos; aquel decreto costó la vida al gobernador de Burgos, asesinado por los fanáticos, y levantó gran polvareda en las sacristías, palacios episcopales y tertulias de los neocatólicos. No atacaba al dogma, ni á la disciplina, ni al derecho de propiedad, ni á nada justo y razonable, pero impelía los robos, las irregularidades, la venta de objetos preciosos hecha unas veces con crasa ignorancia y otras con refinada malicia.

Los museos del mundo están llenos de obras procedentes de las iglesias y de los conventos de España, obras en su mayor parte malbaratadas

por clérigos ignorantes y comunidades ambiciosas y avaras.

El segundo hecho se refiere á Valencia: el cabildo, ó quien fuere (porque no está bien averiguado), vendió entre otras alhajas un San Miguel de brillantes, y estuvo á punto de vender una salvilla artística de cristal de roca. Nosotros hicimos entonces una campaña contra esas atrocidades, y creemos que por lo menos se salvaron la salvilla y algunos otros objetos, si es que pasado el turbión no se han vendido después á la chita callanda.

Ahora se trata de la desaparición de un objeto de inapreciable estima, objeto que á su valor histórico y al constituir para los valencianos una verdadera reliquia.

El objeto que ha desaparecido DEL ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA CATEDRAL, es la espuela del rey don Jaime. Cómo ha desaparecido, no lo sabemos. ¿Ha sido robada? ¿Ha sido vendida?

La historia de la desaparición es interesante. Dicese que hace algún tiempo fué un potentado extranjero á la catedral y le fué enseñada la histórica espuela, quedando, como buen coleccionador, prendado de aquella reliquia histórica, añadiendo que puso precio á la alhaja, que alhaja es por el valor que tendría en el mercado de antigüedades.

Desde entonces ya nadie se acordó de semejante objeto, hasta que hace algunos días alguien se fijó en el escudo que está en el lado del evangelio del altar mayor y vió con sorpresa que no contenía la espuela. Espanto general en la casa cuando la noticia circuló por la sacristía y cuartos de vestir de los señores canónigos; comentarios, cuchicheos, frases maliciosas, alguna que otra imprecación y... juramento de que la cosa no trascendiera al público.

Han entrado al venerable prelado de esta diócesis? ¿Se la han ocultado, como le ocultan la mayor parte de las cosas graves que ocurren en la diócesis que nominalmente gobierna? No lo sabemos.

¿Han dado cuenta al alcalde y al juez? No, no y no.

Y ahora viene lo mejor: esa espuela no es propiedad de la catedral, sino del ayuntamiento de Valencia, que tiene además en aquella iglesia una porción de objetos de mérito propios de la ciudad, y que están en depósito en la Basílica.

Nuestro buen amigo y redactor de *El Mercantil*, don Felix Pzcueta (q. s. g. h.), intentó siendo síndico del ayuntamiento inventariarlas, retirando de allí las que no fueran necesarias para el culto; pero sus gestiones encontraron tales resistencias, que tuvo que ceder en su empeño.

Nosotros pedimos que hoy mismo, apenas lea estas líneas, tome el alcalde actual las medidas necesarias para averiguar el paradero de la preciada antigüedad, que como tesoro inapreciable conservaba Valencia, y que inmediatamente se ponga mano en el inventario de lo que el Ayuntamiento tiene en la Catedral, para llevar al archivo municipal lo que no tenga aplicación directa al culto y para garantizar lo que en el templo queda. ¿Robo? ¿Venta? No lo sabemos. Pero que la desaparición constituye un escándalo, escándalo mayúsculo, eso sí que lo sabemos: robada ó vendida la espuela del rey don Jaime, la indignación en Valencia no tendrá límites, y esa vergüenza no puede quedar impune.

Y mucho ojo, porque tal vez se esté intentando una falsificación, burda, es verdad, pero lo bastante bien hecha para engañar á los necios y tapar la boca á los hipócritas.»

¡Pero lo que me encantan estas cosas! Ellas vienen á confirmar mi mal apreciada campaña en pro de la moralización del clero.

Y lo que me divierten además. «Que si la espuela ha desaparecido... Que si tenía gran valor histórico... Que si era del ayuntamiento...»

¡Ja, ja, ja! ¡Del ayuntamiento! Desde el instante mismo que entró en la catedral, aunque fuera en calidad de depósito, perteneció á los curas.

En este hecho hay algo incomprensible, que no es precisamente la desaparición de la espuela: el que haya estado tanto tiempo en la catedral.

Y existe algo más incomprensible aún; esto: la candidez supina de *El Mercantil* al creer que, aun cuando el ayuntamiento de Valencia los reclame, van á volver á su archivo los objetos que depositó en el templo. Suponiendo, lo cual pudiera ser temerario y hasta calumnioso, que existan todos, cualquier día los sueltan los curas. Habrá pleito, y, como es costumbre hoy, quedará demostrado que los objetos son de los curas, y que *El Mercantil* ha inventado lo del depósito para desacreditar á los virtuosos representantes de la santa religión de nuestros mayores, única verdadera.

A menos que no se corte por otra carta, atribuyéndolo todo á un milagro, y diciendo que el propio don Jaime, indignado ante la impiedad de los valencianos, dejó el cielo donde mora, bajó á la tierra, entró una noche embozado en la catedral sin que nadie viera, calzóse la espuela y alzó nuevamente el vuelo hacia la celeste mansión. Que milagros más estupendos corren por ahí, y se los tragan los fieles que es un gusto.

Allá veremos. Por lo pronto, conste que encuentro natural el suceso.

Una chispa eléctrica derribó la torre de la iglesia de Santa María de Sacs (Pontevedra), causando además otros destrozos de consideración, sobre todo en el coro de la iglesia.

Y la redacción de EL MOTIN...

En la casa de Dios

Días pasados y en la sacristía de la Colegiata de Jerez de la Frontera, dos canónigos de buena lámina y atléticas formas, armaron la de San Quintín á la hora de las visperas, que por poco no se convierten en las segundas Sicilianas.

Y dicen los que le han referido á *El Demócrata* el caso, que era de ver cómo corría el un canonigazo detrás del otro, pistola en mano, sin deponer su furia ni ante los torrentes de armonía del hermoso órgano—á pesar del proverbial *bestie cantu flectuntur*,—ni ante la imponente figura de Nuestro Señor del Gran Poder, ni mucho menos ante la colosal del

San Cristobalón que en uno de los altares se halla, y que con su palmera á guisa de bastón, parecía decirles: «¡Aquí no hay más guapo que yo!»...

Por desgracia, el lance no tuvo funestas consecuencias, pues la presunta *canonizada* pistola no dió fuego, quedando todo reducido al susto de algún que otro afeminado devoto y al escándalo consiguiente.

Las autoridades jerezanas, que con tanto celo se dedican á perseguir escandalosos y blasfemos, no han tomado medida alguna contra los dos mansos ministros del culto, sin duda porque ventilaron sus querellas en la casa de Dios, ante imágenes venerandas y un público que había acudido á oír la palabra divina, toda amor, toda paz, to la dulzura...

En la calle, en la plazuela, hasta en la plaza de toros la blasfemia y el escándalo deben ser castigados. ¡Pero en los templos! Solamente los impíos pueden sostener ese absurdo.

Por lo tanto, apreciables presbiteros, pelead tranquilos.

Abandono criminal

En Málaga, como en casi todas las poblaciones de España, los niños cuya corrección se ordena, andan revueltos y mezclados con toda clase de criminales.

Y dice un escritor, que en algunos países del Norte de Europa los establos del gaudío están más limpios y son más higiénicos que la mal llamada cárcel de Málaga.

Y en cuanto á la moral, que allí entra un joven por una falta leve, y sale hecho un criminal de *primo cartelito*, al corriente de toda clase de fechorías, incluso las de Sodoma y Gomorra.

Y que todo eso ocurre, porque las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, tienen demasiado que hacer con las corridas de toros, con las procesiones, con ganar indulgencias, novenas y jubileos, colgar escapularios y demás zarandajas místicas, que no les deja tiempo para ocuparse del bien general.

¿A quién culpar por to lo esto? A *Juan Llanos*, eso desdichado que no tiene conciencia de lo que es, de lo que vale y de lo que puede; que ni sabe leer, ni procura instruirse; que se resigna con su miseria, y que se cree feliz bebiendo una copa de vino malo, y peleándose con su sombra si la dicen que el sauto titular de su pueblo es menos milagroso que el del pueblo vecino.

¿Que la culpa no es suya, sino de los que lo mantienen en la ignorancia? Corriente. Pero esto no ha de impedirle decirle lo que es y lo que hace, para ver si, á fuerza de oírlo, entra en deseos de poner algo de su parte para redimirse.

Suicidose un joven en San Bartolomé de Pinarex, dejando una carta escrita en que así constaba.

—¿Se opuso el cura al enterramiento?—No, no puso reparo alguno.
—¿Oh cura justo, humano, caritativo! ¡Oh cura modelo! Y diga usted, ¿qué pobre el suicida?—Al contrario, era rico.
—¿Ahora lo comprendo todo!
—¿Toma! ¿Pues que erra usted? Hace pocos años se suicidó un infeliz que no dejó ni para un responso, y ese mismo cura se negó á enterrarle.
—Otra ilusión menos.

EL MANICOMIO DE CIENPOZUELOS

Incalificable abuso que denuncia un compañero en la prensa, cometido en el manicomio que usufructa el célebre P. Menni:

«Tenta este compañero á su madre, doña María Gómez, en el Manicomio, por enajenación mental. Un día recibió en Madrid, donde vive, San Vicente, 60, este telegrama de la superiora Sor Cándida: «María falló; avise si hacemos entierro.»

En la noche del mismo día, 7 del corriente, salió el atribulado hijo en compañía de su esposa, á la sazón enferma, llegando al Manicomio á eso de las diez. Allí los recibieron malamente, en un patio sucio, no les dejaron disponer nada, y al fin tuvieron que albergarse en un mesón.

En dicho lugar y en otras casas del pueblo oyeron contar horrores de lo que pasa en el Manicomio, de inhumanidades y actos de sordidez ó grosería increíbles.

Al siguiente día, otro mal recibimiento en el Manicomio, con espera á antelasa de tres cuartos de hora, antes de llevar una hermana á los espasmos ante la puerta del Depósito de cadáveres; y llegados allí, con pretexto de haber equivocado la llave, se les hizo esperar á la intemperie más de media hora. Esto era un mal medio de disimular que se estaba preparando el aparato mortuario para hacer creer que había estado así toda la noche.

El espectáculo que ambos esposos vieron era tristísimo. El cadáver, envuelto en guñapos negros simulando un hábito, sin conseguirlo, y las velas encendidas, como que las acababan de encender, habiendo estado el cadáver á oscuras toda la noche. ¿Qué poco arte!

Quiso el afligido hijo poner sobre el rostro de su madre un pañuelo de encaje que llevaba á prevención, habiendo regalado ya otro para San Antonio, más otro que también traía para que lo pusieran debajo de la custodia. La hermana tuvo la desfachatez de coger al í mismo unos con otros los pañuelos para ver cual era el peor y ponerlo á la difunta, no sin decir «¡qué estímulo!» ni sin oponerse á que el hijo hiciera demostración alguna de dolor y cariño al cadáver de su madre.

Urgía el tiempo demasiado para lo principal, que era regatear el entierro como las patatas, *allí mismo, ante el cadáver*. Y se representó una escena de ubido realismo, impia, brutal, inconcebible. Las hermanas insistiendo como tenderas para obtener un duro más, perdiendo el terreno palmo á palmo con todos los ardises y cazarías miserables del peor mercachiflo. Aquello era cruel, miserable, asqueroso.

El pobre caballero, exasperado, tuvo que dar un empujón á la hermana regateadora puesta entre

él y la muerte, y sólo así pudo besar por última vez aquel rostro frío y cubrirlo con el pañuelo, mientras repletas las avariciosas ojalas de Menni:—¡Qué lástima de pañuelo! ¡Tan bueno, tan bonito! ¡Pero qué lástima que lo eche usted a perder! Lo mismo decía Judas al ver cómo la Magdalena derramaba el bálsamo sobre los pies del Salvador. ¡Este ungüento se podría vender en 300 dineros!...

En el cementerio querían impedir a todo trance que el hijo viera enterrar a su madre, pero insistió en él, no hubo más remedio que permitirle. El intento era quitar el pañuelo del féretro y lo quitaron después, cuando no hubiera testigos importantes. ¡Qué lástima! Todo se puede suponer, y mayores profanaciones se han cometido en casas muy santas donde la avaricia es la virtud dominante.

En el pueblo dijeron al pobre señor que los enterrados de caridad se hacen seriamente en el Manicomio, valiéndose del mismo carro destinado a llevar el agua, los alimentos y otros usos, por lo que es costumbre entrar de noche cuando ya ese vehículo ha dejado de hacer su ordinaria tarea: el tiempo es oro y los muertos no se quitan.

Ni hay más caridad con los vivos, porque se sabe y se dice en el pueblo, que las pobres locas, vestidas con harapos, hambrientas, mal tratadas, sólo en la visita aparecen algo menos desastradas, mente ataviadas sin los pingajos que llevan de ordinario. Y tantas y tan graves cosas se dicen en Ciempozuelos, que si un día sobreviene el conflicto ya esperas, no lo sufrirá nadie. Las tormentas estallan en un día, pero se preparan durante más largo tiempo.

Lo que trasladó a las familias de los que llevan enfermos al Manicomio de Ciempozuelos, que dirige el P. Menni, ese que, como verá en otro lugar de este número, ha caído de nuevo en manos de la justicia, por ausarse de haber violado, con circunstancias agravantes, a una asilada.

El diputado provincial señor Boccherini ha pedido en sesión pública la revisión del contrato con la Comunidad de Ciempozuelos, porque, según los rumores que circulan, dice *La Correspondencia*, no están bien atendidos los dementes. Aquel Manicomio se limita a llevar el alta y baja de los enfermos, sin tener al corriente a la Diputación de todos y cada uno de los dementes que ésta sostiene allí; resumiendo de paso, y tan bien, todos abusos y descuidos, que logró conmover a los que le oían, y que se adhieran a su moción los señores Beltrán, Agustín, Durán y Rincón. Por unanimidad fue aprobada la propuesta, que pasó a estudio de la Comisión de beneficencia, para hallar los medios más rápidos y eficaces contra los abusos cuya extirpación es urgente.

Todo lo cual viene a confirmar lo que vengo diciendo, de que la religión y la caridad son para ciertas gentes el cartucho de perdigones con que tiran al verbo divino.

¡Cuándo se convencerán los tontos de que todo hospital, Asilo, hospicio ó escuela donde mangonee la gente de Iglesia, es negación de la verdadera caridad y sólo sirve para explotar a la masa común!

Porque el ayuntamiento de Játiva va a dar 2.000 pesetas a los curas para el monumento de la Seo, exclama *El Progreso*:

«El dinero tiene que salir de los fondos municipales, y se dará el caso estúpido, que un municipio modelo de trampas, fíos y onreos, que no puede con la pesada carga que lleva sobre sus hombros, derrocha el dinero en bambalinas, luces, telones de fondo y aparatos de mágico efecto...»

Y en nada mejor para él podría derrocharlo. ¿Quiénes necesitan estar bien con la Iglesia? Los que son como ese ayuntamiento, los que se encuentran ahogados dentro de su conciencia.

GRENCIAS SECULARES

¡Ah, la religión de nuestros mayores!

Esta religión de nuestros mayores, que no adora siquiera a Dios por ser Dios, sino porque lo manda el Papa, y a las veces porque lo manda un fraile cualquiera de esos andariegos que engorronan hasta el modo de andar, nos está poniendo a caldero.

Fijarse, señores, fijarse en que todo el embrollo del gobierno lo acarreo la religión de nuestros mayores; pues esta dichosa religión de exterioridades paganas, sin chispa de poesía siquiera, necesita para su manutención más dinero que se necesitaría para comprar el continente europeo.

Y aquí en España necesitaría más que en ninguna parte, porque a nosotros los españoles siempre nos dió por *reclamar en botija*, y todavía, apesar de nuestras desdichas (que para mí no lo son), estamos creídos que en la Corte celestial nada se hace sin nuestro permiso.

De modo que, millones tras millones, vemos que todo el producto de nuestro trabajo, bien canijo por cierto, desaparece en las fauces de ese llamado ejército de Dios, en donde todo el pescado se vuelve cabeza, pues que a los efectos de cobrar fuerte hay muchos más generales que soldados.

Como es natural, el gobierno del país de la religión de nuestros mayores se preocupa muy mucho de la salvación de su alma, sin duda porque la siente pecadora; y ahora se enfurece porque las clases trabajadoras empiezan a discurrir contra el bolsillo de Martínez Campos, Weyler, Polavieja y demás héroes de la clase de generales seculares, ó sea de brazos defensores de la religión de nuestros mayores (qué religión será ésta, Dios mío) y de los reverendos padres *fray*ses Pulánz, Mengáñez del Reposo de la Santísima Trinidad, ó otro disparatado reposo; ó bien contra el bolsón de los muy inguistas reverendos padres]—sé, Juan ó Pedro, todos muy sabios, muy lumbreras y muy ladinos defensores espirituales de la supradicha religión de nuestros mayores.

Todo esto acompañado, por supuesto, de sus grandes mitras, bien abrigaditas, de saneladas rentas; pues qué se diría de un rebano de ovejas sin su correspondiente pastor, con el Antiguo y Nuevo Testamento puestos por montera y un báculo de oro y pedrerías en la mano?

Pide la Cámara de Comercio una rebaja de cien millones, y el Gobierno dice que *contra el vicio de pedir está la virtud de no dar*. Y digo yo ahora a las Cámaras de Comercio:

«Ustedes, señores comerciantes, se merecen todas las bofetadas recibidas y los estacazos que restan.

Ustedes, señores comerciantes, buscaron la protección de la Pilarica para que los cien milloneros de economías salieran a flote.

Ustedes, señores comerciantes, se inutilizaron con este acto de sumisión para poner la mano en la caja do moran muy lironidos los milloneros que buscáis.

Ustedes, señores comerciantes, sacaréis, poco a poco, esas economías del bolsillo del marchante infeliz.

Vosotros, señores comerciantes, formáis, en este momento histórico de bufonadas regeneradoras, un cuerpo único con el cuerpo ese que llamamos con voz muy hueca *religión de nuestros mayores*. Pues nadie ignora que del presupuesto del clero salen los cien millones muy desahogadamente. Y ustedes, señores comerciantes, no sois tan torpes que no hayáis caído en esa cuenta...»

Pero ¡quién le toca al esplendor de la religión de nuestros mayores!...

¡Bribones!

Ya di con la clase de religión que se usa en este país de flojos é ignorantes.

JUAN EL PIADOSO

Leo en la relación de los premios concedidos el lunes de Carnaval:

Máscaras a pie

1.º (Mantequera de vermeille).—Una charra, don Adolfo Rodrigo.

2.º (Vaso con cuchara).—Una empolpa, don Ricardo Colomo.

3.º (Una boquilla de ámbar y oro).—Una maja sevillana, don Federico Peñalver.

Se leen tantas cosas parecidas en estos tiempos benditos, que, lo confieso ruborizado, no me ha conmovido la noticia.

MADRID ENVENENADO

Aunque los lectores se alarmen, la noticia es cierta de toda exactitud. Los honradísimos vecinos de la villa y corte están envenenados, y, lo que es peor, continúan envenenándose de un modo lento, pero continuo.

Las imaginaciones novelescas creerán que el agua Tullana, el tónico de los Búrgias, el exótico curar, ó el jugo de algún stricnino, son los orígenes del intoxicamiento. Los anticlericales darán por hecho que los frailes han envenenado los manantiales de aguas que surten a la población.

Nada de eso. Nuestro envenenamiento es vulgar, rampón, prosaico, más rudimentario aún que el obtenido por el sistema de absorción de fósforos de Cascañete.

Acabo de tener el gusto de charlar un rato con mi buen amigo el inteligente jefe del Laboratorio Municipal, doctor César Chicote, y sus razonamientos han llevado a mi ánimo el triste, pero cierto, convencimiento de que el vecindario de Madrid está llamado a desaparecer antes que la forma poética.

Oíndo por hecho que la población conste de 600.000 almas encerradas en sus correspondientes cuerpos, puede afirmarse que de esos organismos hay quinientos sesenta mil envenenados.

El autor, mejor dicho, los autores del crimen, están convictos y algunos hasta confesos. Sin embargo, el delito permanece impune.

Viendo en el campo del análisis cualitativo y cuantitativo lo que se nos da por comida y por bebida, hay para perder el apetito, el estómago y las ganas de vivir en esta villa.

Diariamente en la sección bacteriológica, dependiente del Laboratorio, se analizan las aguas. Se ha prohibido al público el uso de las de la Castellana. Estas no traen, por ahora, más que tifus, sin que se haya conseguido determinar con precisión el punto donde se contaminan.

Las aguas de los antiguos viajes—hoy he visto el análisis de las que llegan en el de Amánuel—nos mandan a diario colonias. ¡Bueno regalo para España, que las crea por allí todas! Lo malo es que las colonias están formadas de micro organismos más temibles que los mambises y los tagalos.

Lo que trae el Lozoya no puede decirse sin asquear. Veinte y pico pueblos ribereños beben, la van, dan de beber a sus ganados y hacen... todo, en el líquido que luego ha de pasar por nuestras fauces. Imaginen ustedes que lo mejor que ese agua arrastra es barro y estiércol.

Con ese agua se prepara la de Seltz, se fabrican gaseosas edulcoradas con sacarina, se hace vino, se cristalizan los leches y vinos; y, nada, que no hay modo de escapar al obsequio nada limpio de los pueblos que antes que nosotros usufructúan la linfa, ni cristalina ni pura, del riachuelo.

De cada cien muestras de vino que el Laboratorio analiza, noventa y pico contienen sulfato de cal ó ácido sulfúrico, ó ambas cosas a la vez. Lo que el líquido gana en coloración lo pierde en principios sanos y nutritivos.

En bebidas alcohólicas, el 98 por 100 están preparadas con alcoholes amilicos, éteres y aléhdidos. Con unas copas de esos productos hay derecho para formar en la lista de las víctimas de *L'Assommoir*, del padre Colombe.

Más de las cuatro quintas partes del vinagre que aquí se consume se obtiene artificialmente por destilación de maderas. Ese vinagre y un cólico son cosas inseparables.

La leche pura es un mito.

El agua y el bicarbonato los toleramos a conciencia. Pero ahora los expendios han dado en la flor de añadir brax al jugo lácteo. Y el brax, que es gran cosa para planchar camisas, es un enemigo declara do del tubo digestivo.

Si yo enumerase las aspaduras de pieles, se los, carnes podridas y demás desperdicios que componen los embutidos, me expondría al odio eterno de los fabricantes.

Preferio callar, no sin felicitar a los químicos del ramo de carniceros, que han encontrado en la «nievelina» un barbitz mediante el cual se conserva la ternera, poco más, poco menos, tanto como en Egipto los cuerpos de los Faraones.

Pan completamente bueno no hay quien lo coma, hoy por hoy. Ancho de las sujeciones derivadas de su no escrupulosa elaboración, todo, absolutamente todo el pan está mal cocido, y por ende resulta con un peso beneficioso para el tahonero y perjudicial para el estómago y para el bolsillo del inocente consumidor.

Si desean chocolate que sólo tenga adulteración de harina, preparen una suma respetable y quizá lo logren. Los paquetes de colores que vemos desear para el desayuno, son mezcla de grasas, semi las y polvos misteriosos que jamás supieron que en el mundo existen azúcar y cacao.

Sabíamos que el café y el té eran achicoria bautizada con el nombre pomposo de caracollito, moka, perla, imperial, etc. Hay ya no tenemos el consuelo de decir que tomamos achicoria. La achicoria se ha falsificado, y en vez de ella nos sirven remolacha, pulpa que ya dió todo su azúcar y que ni aun sirve para alimentar al ganado. Si hay quien lo dude, vaya al Laboratorio y de ello certificará el doctor Chicote.

A demás, conviene saber que en Bilbao hay montada una fábrica de algo que llaman té. El establecimiento funciona lo mismo que los de Pekín.

Casi la totalidad de la manteca que en Madrid se vende, es margarina.

De las conservas alimenticias huyan ustedes como de un loro en menarrón.

Los guisantes de mejor aspecto son los peores. Fabricantes sin conciencia les dan un habito de sulfato de cobre para hermosearlos y para reventar al prójimo.

Recorriendo la admirable instalación del Laboratorio, obra debida a la laboriosidad y entendimiento del doctor Chicote, admirando los trabajos constantes que allí se practican—300 análisis mensuales y unas 60 operaciones diarias—aplaudiendo el recién montado gabinete radiográfico, cursando las dependencias todas, de las que hablaré con más extensión y detalle, pregunté a mi amable guía:

—Y entonces ¿qué se puede comer en Madrid?

—Nada—me contestó.

—¿Qué es lo menos malo?—volví a interrogar.

—El aceite y el queso—me respondió.

—Y usted sólo comerá queso en aceite—observé.

—¿Qué, no sabe—exclamó mi amigo.—Estoy resignado, y a ciencia y paciencia me enveneno y dejo que se envenene la familia.

—¿Acaso no hay modo de corregir estos escandalosos abusos?—le dije.

—Lo hay—repuso el Sr. Chicote.—pero yo no puedo practicarlos. Mi misión es diagnosticar y diagnosticar, indicar un tratamiento y ya lo ha indicado. La aplicación, el remedio del mal, corresponde a los poderes públicos. A ellos les toca que se cumpla la ley suprema: la de velar por la salud del pueblo. Mientras no tengamos una policía sanitaria y un rigor extremado, seguiremos comiendo y bebiendo inmundicias.

Al salir del Laboratorio con el estómago lastimado, miré compasivamente a cuantos salían de hacer compras en las tiendas de comestibles y admiré las resistencias extraordinarias de este pueblo que se envenena, por su dinero, día a día.

Y, sin embargo, vive.

M. R. BLANCO-BELMONTE

UNA ESTATUA A VOLTAIRE

Un grupo de jóvenes barceloneses, artistas, escritores, periodistas, políticos, ha tenido una feliz idea; la de erigir por suscripción una estatua al gran Voltaire en una de las plazas de Barcelona.

Nada más oportuno en estos tiempos de reacción jesuitica, de tormentos y de hipocresías.

Para realizar ese proyecto se ha formado un comité, acerca del cual da estos detalles nuestro querido colega *La Publicidad*:

«En dicho comité figurarán en primer lugar como presidentes honorarios, tres grandes figuras que fuera de España y en nuestra tierra han luchado por la Justicia y por la libertad y por ellas han sufrido persecuciones, constituyendo el comité efectivo una treintena de personalidades de distintas tendencias políticas y sociales, y entre ellas escritores y artistas distinguidísimos.

Los primeros actos que se llevarán a cabo para fomentar la idea que se trata de realizar, se encaminarán a dar a conocer la personalidad de Voltaire y a popularizar las obras del precursor de la revolución francesa.»

Aplaudimos con entusiasmo la idea generosa de la juventud catalana y deseamos que su ejemplo cunda entre la juventud española.

Los jóvenes de cada región debieran erigir estatuas a un filósofo, escritor, artista, luchador, héroe ó mártir de la libertad, ya español, ya extranjero.

Initíase la conculca de la juventud catalana y surjan en todas las capitales estatuas de Marchena, Espronceda, Larra, Torrijos, Mariano Pineda, Suñer, Garibaldi, Mazzini, Oreuse, Castelar, Figueras, etc., etc., ya que los viejos levantan ternos, conventos y estatuas de la reina Cristina, Alfonso XII, Sagasta y Elduayen.

Un cura desertor

¡Ay qué desgracia! ¡El pueblo de Zarza de Montánchez no tiene cura! Desde que lo sé, estoy tan triste, tan preocupado, que todos dicen al verme: «¡Eso hombre está como Zarza de Montánchez! ¡No tiene cura!»

¡Y por qué no tiene cura ese pueblo! Voy a decirlo con la mayor reserva.

Allá por Nochebuena, el pueblo quiso, como es natural, misa de gallo. Yo hubiera preferido el gallo sin misa, confeccionado con arroz; pero como sobre gustos nada hay escrito, continuó.

El cura, acaso por no trasnochar, negóse a tan justa exigencia; las fúles indignaron

se y se amotinaron; las puertas de la casa del cura resultaron rotas, no por obra de varón, sino milagrosamente, pues no ha podido averiguarse si las destrozaron los de afuera por entrar ó los de adentro por salir. Lo único que se sabe es que un zapatero que se encontraba dentro, salvóse por los tejados vendiendo una porción del corrote que le sobraba. Y se añade que, un barbián céliba del gremio laico, sabelor de que el buen ministro del Señor tenía tres mujeres en casa, siendo también soltero, pedía a gritos que le permitiese hablar con una; en fin, que se armó el jolliu más descomunal que en casa de párroco se ha visto desde que hay párrocos y jollines.

Y con tan plausible motivo, al día siguiente, sin despedirse de sus amadas ovejas ni de las autoridades siquiera, tomó el cura el trote hacia el inmediato pueblo de Robledo, acompañado de las tres señoras de autos, y esta es la hora que no saben de su vida en la Zarza.

¡Oh Zarza, pueblo afortunado! Procura que no te malden otro en relevo del parroco que has perdido, y saborea la felicidad que se te ha entrado por las puertas, sin preocuparte de lo que haya podido ser del bendito señor de las tres amas.

Porque le irá bien, donde quiera que se encuentre, sobre todo si conserva parte del dinero que te ha sacado. Con dinero y tres mozas que lo cuidasen y lo miraran, cualquiera se daría con un canto en los pechos. Además, hay otra razón para creer que lo va divinamente: el que no ha vuelto.

Aí, déjate de averiguaciones, trabaja, come, bebe, descansa, y te convencerás de que se puede vivir muy bien sin tener cura.

LAS ROTATIVAS

Nuestro querido colega, *El Dardo*, extraña en su último número que la prensa rotativa de Madrid no se haya ocupado del robo de San Calixto, y pregunta cuál será la causa, y si será porque tienen demasiada grasa las máquinas.

Nosotros podemos decir al estimado colega, que sabemos positivamente que ha recorrido las redacciones de las rotativas uno de los que tienen responsabilidad en el desfalco, y eso las ha hecho enmudecer por ahora; pero esté seguro nuestro colega que todo se andará, y por más que hagan mulas, el asunto trae cola, y nosotros somos bastantes para que no quede impune robo tan escandaloso y tan burdo como el que se ha hecho al Colegio de Huérfanos de la Consistencia.

Acaso tenga esta relación con una carta de uno que se titula periodista de Madrid, dirigida a una persona que desempeña un cargo de confianza en la Junta de Patronos del Colegio haciéndole proposiciones.

¡Ojalá que esto nos huela a chantaje, y *La Bandera Regional* tiene ofrecido (y lo cumplirá) no morderte la lengua; por eso no admite mamaderas ni subvenciones de ningún género.

(*La Bandera Regional*, Plasencia).

El gobierno italiano, excitado por el Parlamento, ha ordenado a las autoridades locales vigilar los trabajos de propaganda del clericalismo y remitir cada cuatro meses una información sobre el particular.

El ministro de Justicia y Cultos dijo en el Parlamento, que para secundar esta obra del gobierno, dispuesto a mantener con energía las prerrogativas del Estado, se necesita que los partidos liberales abandonen su inacción y hagan uso, en la defensa de sus ideas, de un vigor y una perseverancia iguales a las de sus adversarios.

En todas partes se defienden dignamente los gobiernos de los ataques del clericalismo, menos en esta cochina España. Así se ve ella.

SEMEJANZAS

Recordarán los que de quince años a la fecha hayan auxiliado, directa ó indirectamente, en este pueblo a la administración de Justicia en lo criminal, el famoso proceso del «tio Gonzalo» y la no menos famosa figura de ese acusado.

El tal proceso, modelo de lentitud y deficiencias, gracias a las imperfecciones de la antigua ley procesal, tardó en tramitarse muy cerca de un cuarto de siglo, y terminó con sentencia absoluta para el «tio Gonzalo.»

Difícil es averiguar si los jueces fallaron en justicia, porque no resultaran cargos concretos contra el acusado, ó absolvieron en conciencia por parecerles más que cumplida la pena con la enorme prisión preventiva sufrida.

Sea de ello lo que fuere, el «señor Gonzalo» resultó libre a los 20 años de permanencia en la cárcel, en la que, conceptuado como decano, vivía con relativa holgura, respetado por los criminales y considerado por los jueces, a qui nes auxiliaba en sus funciones insustitutas valido del predicamento que en la prisión gozaba.

Con el apoyo de los jefes del establecimiento, que le daba cierta preeminencia, y con el producto de la barateria en el pillaje carcelario, pingüi renta de que siempre disfrutó, nuestro héroe se encontraba dichoso en su reclusión, hasta el punto de que al ser absuelto pidió licencia al director de la cárcel para continuar viviendo en ella, licencia que hubo de concedérsele ante el temor de que cumpliera la promesa formal que hizo de cometer cualquier delito si se le negaba la gracia.

Este hombre, habituado al encanallamiento de la prisión, envilecido por el

constante trato de criminales, despreciaba la libertad y tenía la vida del trabajo en medio de gentes honradas.

¿No hay cierta semejanza entre el «tio Gonzalo» y el pueblo español?

Las imperfecciones de la cultura en nuestro país, nacidas al calor de la lentitud y deficiencias de la ley procesal de la ignorancia, cuidadosamente sostenida por un fanatismo pernicioso, hicieron de los hijos de España una muchedumbre estúpida y envilecida.

Allá por el año 73, el juez «Progreso» dictó sentenicia absolutoria en el proceso de la barbarie, tramitado durante muchos siglos, y el pueblo rechazó la libertad que se le ofrecía, y la rechazó de peor forma que el «tio Gonzalo.»

Este se limitó a la amenaza del crimen si no se le permitía seguir la vida del presidiario; aquél consumó el delito de la restauración del Privilegio.

A DE TORRES

Jerez de la Frontera

Un fray Tomás la emprendió con los teatros desde el pulpito de San Jaime (Palma de Mallorca) sin tener en cuenta ¡gracias! que la mayoría de los cómicos son muy buenos cristianos, y que el mismo Sánchez de León, que allí actúa ahora, acababa de pagar unas misas que había oído con gran devoción en la iglesia de los Agustinos.

Si aquí cupiera lo de «¿quién es tu enemigo?», ¿de qué buena gana lo aplicaría!

Ubaldo Romero Quiñones me ha enviado un ejemplar de su nueva obra titulada *Pensamientos*.

Es un folleto de ciento noventa páginas que contiene numerosos pensamientos morales, basados todos en las ideas espiritualistas, de las cuales fué siempre Romero Quiñones propagandista entusiasta.

Al final del folleto aparece la última confesión y la última voluntad del autor, en las que se declara emancipado de todas las religiones positivas, con la valentía que da el convencimiento honrado, pues es de los pocos hombres que hoy se atreven a decir lo que piensan, a pesar de la elevada posición que ocupa en el ejército.

Véndese el folleto a peseta en las principales librerías.

La iglesia de Santa Catalina en Valencia se ha convertido en lugar para venta de artículos de Lourdes. Con tal motivo hay gente devota que se escandaliza.

No lo comprendo. ¿Acaso creen que es más anómalo vender en los templos estampas que misas, rosarios que sacramentos, agua que respuestas?

Pasando por lo más, hay que pasar por lo menos.

Quedamos en que me parece lógico y explicable el trapicheo de artículos de Lourdes en la iglesia de Santa Catalina de Valencia.

Y en todas las del orbe católico.

Fragmento del mensaje que han dirigido los curas de Sevilla a su obispo, con motivo de no sé que ejercicios perpetrados:

«Habéis, Exemo. Sr., dirigido, cual hábil Piloto, durante los santos ejercicios que acabamos de practicar, la navecilla de nuestros corazones a puerto seguro.

Habéis señalado con mano maestra los escollos...» para que en las marejadas que necesariamente hemos de hallar en el proceloso mar del mundo, encontremos siempre un *salva vidas*...

¡Cúrsili! ¡Cúrsili! ¡Estilo p'cebe! Verdad es que ha sido la mejor manera de salir del paso sin decir nada.

Hemos recibido el tercer cuaderno de la interesante publicación *Diccionario Popular Enciclopédico de la Lengua Española*.

Aparece semanalmente un cuaderno, al precio de 30 céntimos, y los precios por suscripción, son: 1,25 al mes, 3,50 trimestres; 7 semestres y 14 año.

La Dirección y Administración se hallan establecidas en Madrid, calle de la Palma, 55, bajo, donde se dirigirán todos los pedidos acompañando su importe.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *El Motín*

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON NOTRE DAME, por El Motín. Con láminas. LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, por el obispo Strosmayer. JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por id. MONJA SECRETA, ó INSTRUCCIONES REALES de los jesuitas. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por N. Presbítero. ¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESUS CRISTO? Discursos pronunciados por un obrero en el círculo «La paz, de Utiel. CARTAS DE TAYLLERANO al obispo de Clermont y al abate Marry.

CARTAS DE TAYLLERANO al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín.»

LA RESIGNACIÓN Y LA IGLESIA, por Laurent. MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras. MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los Jesuitas, idem, idem. CARTA A EUGENIA, por Frère.

O CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Dirigidas a una junta de doctores, por las cuales fué quemado en alchidón en 1891.

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CHITÓN, por don Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»). LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por idem.

LOS MEJORES «NOTOS PIADOSOS», por «El Motín.» CÉLAS Y ANAS, por idem.

GRACIAS DE CUAROS, por idem.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DELICADO